



No todo vale

Jordi Gual

Profesor del IESE

¿Qué nos traerá el 2025? (y 3)



Mi última previsión para el año que iniciamos es tecnológica. El 2025 va a ser el año de la eclosión de la inteligencia artificial.

La competencia entre las compañías que impulsan la nueva tecnología es feroz. Es verdad que está provocando importantes distorsiones. Explica, en parte, la burbuja financiera a la que aludía hace un par de semanas y también una alocada carrera para atesorar chips avanzados y disponer de fuentes de energía baratas. Pero la competencia acelera la innovación.

El enorme tamaño de las grandes tecnológicas y su capacidad de influencia en la economía y la sociedad empujan a los europeos a regular la tecnología y controlar a sus protagonistas. En Estados Unidos la tendencia es la contraria, a pesar de algunas actuaciones de las autoridades de defensa de la competencia (caso Google).

La *intelligentsia* demócrata apela al control de la tecnología, como muestra el libro *Poder y progreso* (Deusto, 2023) de los premios Nobel

Regulación Europa ha de cambiar de actitud: ha de proteger sus estándares, pero con una actitud menos temerosa hacia la innovación

Acemoglu y Johnson. Sin embargo, la intuición (y los intereses) de los emprendedores apuntan a la desregulación y a que sea el mercado el que dicte sentencia. Aunque, si es preciso, se arriman al poder, como vemos en la nueva era de capitalismo de amiguetes de Trump.

El gran poder de las empresas tecnológicas se mitiga, en parte, por la extrema rivalidad entre

ellas. La historia del capitalismo está llena de episodios de gran efervescencia en los que inventores y emprendedores compiten agresivamente, incluso más por el prestigio y la satisfacción de alcanzar un objetivo tecnológico, que por los beneficios económicos que les pueda reportar. Hace casi 150 años, cuando la electricidad revolucionaba el mundo, la rivalidad entre Thomas Edison y George Westinghouse marcó toda una época. Los protagonistas son hoy Sam Altman y Elon Musk, junto a Google, Meta y Amazon, o empresas de nicho, como Anthropic, que han surgido con la nueva tecnología.

¿Soy tecnooptimista...? Sí. No confío en que la tecnología se pueda orientar desde el Estado. Y, si bien es verdad que la nueva tecnología consume mucha energía, creo que, gracias a la inventiva humana, nos ayudará a resolver muchos enigmas científicos de los que depende el progreso, en campos tan diversos como el energético o las ciencias de la vida. La nueva tecnología se ha de gobernar, sin duda, pero encorsetarla y burocratizarla como hacemos en Europa nos conduce a la parálisis y a continuar dependiendo de China y EE.UU., los imperios económicos y tecnológicos del planeta.

En la etapa histórica que ahora se cierra, Europa ha jugado un cierto papel como alternativa intermedia a EE.UU. y China, estableciendo estándares regulatorios con aspiraciones globales. Este mundo llega a su fin en la nueva era Trump y Europa ha de cambiar de actitud: protegiendo con decisión sus propios estándares frente a los de otras zonas, pero al mismo tiempo adoptando una actitud menos restrictiva y temerosa hacia la innovación. |